

1

HISTORIAS DEL
FARERO DE
CAVALLERIA
SERIE 5

FERRAN
RAMON-
CORTÉS

ó



VIVIR EL RECHAZO

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2024 TODOS
LOS DERECHOS
RESERVADOS

“ Querido Luís, he pensado en ti para una sorprendente propuesta... “

Así comenzaba el correo que mi prima Laura me mandó hace unos días, y que me llevó (previa aceptación a regañadientes de mis padres) a la isla de Menorca, y más concretamente al faro de Cavallería, donde he pasado esta última semana. Tan sólo llegar al faro conocí al famoso Farero, una persona especial, que me recordó a un viejo lobo de mar salido de alguna novela muy antigua. Tenía pensado pasar una semana de pura vagancia, de no hacer nada ni pensar en nada, que era lo que creía que necesitaba, pero el Farero, a través de sus tretas, consiguió que me metiera de lleno en mi, en mis problemas y en mis emociones. Y que descubriera muchas cosas por el camino.

Lo que he escrito es el relato mi semana en el faro, una semana que - ahora lo puedo decir- marcará sin duda mi vida.

APRENDER A VIVIR EL RECHAZO

Llegué a Menorca a media tarde. Había alquilado una moto que tenía que recoger en el aeropuerto y me las había prometido muy felices, pensando que -según me indicaba Google maps- en media hora llegaría al faro de Cavallería. Pero entre las increíbles carreteritas de la isla, por las que sólo pasa un coche, y que me perdí un par de veces, tardé casi una hora y media en llegar. Allí me esperaba el Farero, que tras abrirme la barrera y dejarme entrar la moto, me llevó a la torre del faro y

enseguida me enseñó la que iba a ser mi habitación. Seguidamente me citó para que bajase en media hora a la cocina, dónde, utilizando sus palabras, “esperaba empezar a conocerme”.

Bajé puntual a la cocina, y tras ofrecerme una merienda menorquina, nos presentamos:

- Soy Luís, tengo 16 años, estudio el último curso de ESO, y el año que viene si todo va bien empezaré el bachillerato. Y soy el primo pequeño de Laura, que ya la conoces.
- Pues igual que le dije a Laura en su momento, yo soy el Farero, y esta es mi casa.



No me contó más, y tras una pausa me preguntó:

- Luís, ¿qué esperas que ocurra esta semana?
- Pues nada, la verdad. Porque espero descansar, estar tranquilo, y si no me cruzo con nadie, pues mejor.
- ¿Y eso?

No me esperaba la pregunta, y tuve que pensarlo un poco. Al final le respondí:

- Es que vengo de sufrir algunos desengaños.
- ¿Me lo cuentas?

Era lo que menos ganas tenía de hacer, pero había algo en la mirada de aquel hombre que te animaba a hablar, que te sacaba las palabras de dentro.

- Hace unas semanas mis padres marcharon de viaje, y me quedé solo en casa. Organicé una cena a la que invité a mis mejores amigos. Y el resultado fue que no vino nadie. Todos encontraron una excusa.

El Farero escuchaba sin decir nada. Yo continué:

- Y la semana pasada, le pedí a una amiga de la clase si quería que hiciésemos juntos un trabajo que tenemos que hacer y se me sacó de encima, diciéndome que le iba mejor hacerlo con otra compañera que vive más cerca.

Él seguía mudo, y yo, que no llevo bien el silencio, seguí mi relato.



- Total, que te podría contar mil historias como estas. Mi sensación es que demasiadas personas me rechazan, y no lo llevo bien.

El Farero, tras unos instantes más de silencio, me preguntó:

- ¿Algo que te gustaría hacer antes de la cena?

Yo, aunque un poco sorprendido por el cambio de tema le contesté entusiasmado:

- ¿Puedo ver el encendido del faro? Laura me ha dicho que no me lo puedo perder.
- Pues hoy no puede ser.

Me quedé clavado. No esperaba una respuesta negativa, y menos tan tajante. Hasta creo que me puse rojo al oírla.

Al cabo de un rato que se me hizo larguísimo, el Farero me preguntó:

- ¿Qué te ha parecido mi respuesta?
- Me he quedado hecho polvo la verdad.
- Prueba a pedírmelo de manera que yo sienta la plena libertad de decirte que si, o de decirte que no.

Me lo tuve que pensar un rato, y al final le dije:

- Me gustaría ver el encendido del faro, si es posible, y si te parece bien.
- No, no me parece bien.



Un nuevo silencio se instaló entre nosotros, hasta que me preguntó de nuevo:

- ¿Qué te ha parecido mi respuesta?
- Pues todavía me ha sentado peor, porque te lo estaba preguntando con mucho cuidado...
- ¿Dándome la libertad de decir que no?

En aquel punto me quedé totalmente desconcertado. Él lo notó, así que me disparó toda su explicación.

- Luís, sentimos rechazo porque en el fondo, cuando proponemos algo o cuando pedimos algo, no damos la libertad al otro de decirnos que si, o decirnos que no, sino que simplemente asumimos que va a ser que si. Tu invitaste a tus amigos a la cena. Pero lo hiciste pensando en que tenían que decirte que si. Y le propusiste a tu amiga hacer juntos el trabajo. Pero pensando en

que por supuesto debía aceptar. Y al no suceder lo que tu creías que tenía que suceder, te sentiste rechazado. Te animo a que cambies de mirada. Que propongas las cosas o pidas las cosas dando la libertad al otro de que las acepte o no, o de que las haga o no. Si lo haces así, una negativa no la vas a vivir como un rechazo, porque la vivirás desde la consciencia de que le has dado la libertad de aceptar o no.

Su discurso tenía mucho sentido, pero aún así no me veía viviendo bien una negativa, o un rechazo. Creo que lo intuyó, porque enseguida añadió:



- Luís, si actúas desde esta mirada, te pasará que, aunque al principio todavía los lleves mal, te acostumbrarás a los rechazos, y dejaran de doler. El primero dolerá, el segundo, menos. Y el quinto casi nada. Y no es una cuestión de resignación, para nada. Es una cuestión de acostumbrarse a sentir que realmente estamos dando al otro su libertad.

Tras una larga pausa, en la que yo intentaba asimilar todo aquello, añadió:

- ¿Sabes que ganarás además? Que tu a su vez dejarás de hacer cosas que puedas estar haciendo por compromiso, porque cuando te las propongan, también sentirás la libertad de decir si, o decir no.

Lo entendí, y me ayudaba mucho. Y empecé a entender también porqué Laura estaba tan entusiasmada con mi viaje al faro. Sólo aquel aperitivo de lo que acabó siendo mi semana ya merecía la pena.

Tras un buen rato, que necesité para procesar y digerir toda aquella información, oí al Farero llamarme desde la escalera de la torre:

- ¡O espabilas o te pierdes el encendido!

Fui volando, entendiendo por el camino que su negativa no había sido más que una treta para llamar mi atención. Subí, disfruté de todo el ritual, y me maravillé con el espectáculo. Realmente Laura me estaba haciendo el regalo de mi vida.





WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2024 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ